

las contemplan: medio México llevado allí por la curiosidad, invadía las banquetas y aceras en apiñada multitud, ávida por contemplar siquiera un breve instante la belleza y los trajes de las invitadas á la fiesta, quienes una vez levantada la rica cortina ó elegante *portier* del zaguán pasaban á la bellísima gruta improvisada en la planta baja, teniendo por techo el tablado construído á nivel de los corredores: las plantas más raras y valiosas artísticamente agrupadas y dispuestas como si allí hubiesen nacido y brotado, enlazaban sus hojas á los arbustos que cubrían las columnas—soporte del salón superior, formando bóvedas de verdura entre las que brillaban infinidad de lamparitas incandescentes con el mismo prodigioso efecto que asombró los ojos de Aladino al descubrir la mágica pedrería de su tesoro precioso. Para mejor completar la ilusión, hacia la parte de la escalera parecía desgajada una pared de la gruta y por su hueco descubriase un bien fingido girón de cielo, y en medio de él, un trasunto de la argentada luna llena derramaba su blanca luz sobre la alfombra roja y sobre la supuesta nieve, que con sumo arte parecía suspendida en las ramas de los arbustos y en los picachos de las rocas. El aroma exquisito de las gardenias, rosas blancas, camelias y mil flores escogidas en los jardines de la hermosa Jalapa, que revestían los barandales y las paredes, atraía hacia la gran escalera muellemente alfombrada, que en su arranque y descansos ostentaba preciosos y enormes jarrones de porcelana y mármoles, derramando jazmines y rosas y camelias blancas y caprichosas combinaciones de luces eléctricas del mejor gusto. El mismo derroche de flores y luces se veía en el gran salón del baile, alfombrado de rojo y multiplicando la belleza de su decoración en la multitud de lunas venecianas que escuadradas en felpa carmesí vestían las paredes, en las que de trecho en trecho abríanse las puertas de los demás salones regiamente amueblados y alhajados con numerosas obras de arte en estatuas y cuadros y mil preciosidades de subido mérito é inestimable valor, tan naturalmente dispuestas y colocadas allí como las disponen y colocan el buen gusto y la costumbre de saberlas elegir y usarlas. Un palacio europeo no desdenaría cualquiera de aquellos salones espléndidamente decorados, con esa severa elegancia que consiste en el perfecto armónico conjunto de sus muebles, sus cortinajes, sus obras artísticas, sus juguetes y sus mil y mil chucherías, de modo y manera que nada sea anacrónico, que nada disuene, que todo se vea allí como si para allí hubiese sido expresamente fabricado. En la casa de los Sres. de Camacho es siempre, en todo momento, en cualquier día, sorprendente esa feliz disposición del suntuoso conjunto, é insistimos en hacerlo notar porque esto no es lo más general en las casas de muchos opulentos, no faltando algunos que convierten sus salones en una especie de Bazar en que se agrupan y amontonan los objetos como en un almacén abier-

to á todos los caprichos y á todos los gustos, lo mismo del inteligente que del ignorante, lo mismo del hombre más ó menos rico pero siempre educado, que del especiero ó el contratista rápidamente enriquecido y por sus riquezas elevado desde la basura de su origen ordinario y vulgar.

Estos en la actualidad son muchos aquí y en todas partes. Desde que heroicas convulsiones barrieron con los esplendores y miserias de las sociedades antiguas encastilladas en sus privilegios, y las clases ciudadanas despeñáronse como un torrente sobre aquellas, minándolas y demoliéndolas en su justa ansia de elevarse al goce del sol, de la vida, de la libertad y de la igualdad, las sociedades han caído en una muy lamentable confusión de clases. Hoy la gente distinguida por sus antecedentes y su cultura, en lo exterior no se diferencia de la más mísera y vulgar: para todos es uno mismo el traje, el *uniforme*, sería mejor decir: unos y otros chupan el puño de su bastón, sucia costumbre elegante; se estacionan en las esquinas de las principales calles; beben en las mismas cantinas; *trastean* al mismo saetre; juegan en los mismos Casinos, y apuestan en los mismos hipódromos. Casi no hay más aristocracia que la del dinero. El dinero, la riqueza; hé ahí los grandes factores modernos. Sobre este tema, un gran escritor francés moderno, Mr. Geo. Bonneron, dice: "Soyez épicier, soyez ce que vous voudrez, et, ce qui est, pire, soyez la dernière des canailles et le plus fieffé des voleurs, mais ayez de l'argent. Tout est là! La lutte par la vie, qui est de création relativement récente, est bien vite devenue la lutte pour l'argent. Nous sommes un peuple pratique; nous sommes une société utilitaire. Nous n'avons plus le temps de nous occuper du Beau, du Brillant. Nous sommes aux prises avec le Réel. Soyons ternes et prosaïques. Tous, tous." De ahí resulta que la mayoría de los capitalistas nuevos forman una aristocracia antipática y repelente, á la que faltan los merecimientos sublimes del buen origen, de la fina educación, del cultivo de la inteligencia, aristocracia antipática y repelente á la que es necesario no obstante admitir y soportar en el trato público por el peso de su dinero, pero á la que en su fuero interno todos desprecian y en lo particular todos burlan y critican con sobrados motivos, porque lo más general es el que esos verdaderos *becerros de oro*, convencidos de que jamás podrán soltar el *pelo de la dehesa*, se envanezcan y hagan gala de la ordinariez de su origen, de la brutalidad de su ignorancia primitiva y de una burda franqueza que hace su trato molesto y repugnante. El actual remolino de los negocios y de las grandes empresas, como los remolinos comunes y corrientes, levanta del suelo la basura.

La sobrada abundancia de los más valiosos y meritorios antecedentes de clase, de familia, de educación y de inteligencia, hacen por sí

mismos tan agradables el trato y las relaciones sociales con la familia del Sr. Camacho. Este apellido que la historia de México registra con honor para el país y para la familia, brilla siempre limpio y siempre respetado en la diplomacia y en la administración, en toda empresa útil y benéfica, en los liceos y en el profesorado, en todo lo que significa progreso y bondad, y no entramos en detalles por no mortificar la modestia de aquel que hoy le lleva, con las expansiones de nuestra particular gratitud. En cuanto á su digna compañera, á su señora esposa, tanta es su altura en cualidades y méritos que no creemos posible elevarnos en el elogio al nivel de esos sus merecimientos. La Sra. D^a Elisa Lynch de Camacho es según el juicio universal, una dama superior en todos conceptos: su natural ilustración aquilatada en los viajes y en sus relaciones con las sociedades más cultas, de las que ha sabido, según el principio de Boileau "*c'est par les beaux côtés qu'il leur faut ressembler,*" tomar lo bueno y lo correcto, hacen su trato y su conversación agradables y amenos y muy solicitados por las familias en que no dominan la envidia y la insustanciabilidad. Esa dama singular, posee en toda su extensión el tacto especialísimo que debe distinguir á la verdadera señora en nuestro presente modo de ser social. La rápida introducción de costumbres de otros países y de otras razas en nuestra sociedad, no deja de asustarnos á muchos que seguimos creyendo que la sola felicidad posible para el hombre es la que puede encontrarse en el seno de la familia. Ciertamente hay razón para felicitarnos de que vayan desapareciendo preocupaciones y convencionalismos en la educación de la mujer entre nosotros: mas si la prudencia descuida la reglamentación de esos progresos, habremos de caer en otros más serios peligros. Quizás se comunican en demasía nuestros jóvenes de uno y otro sexo. Por este camino la mujer de mañana será la mujer práctica, tan igual al hombre cuanto sea posible, aun en aquello para lo que no parece haber sido creada: quizás dejará de ser la *bella creatura di bianco vestita*, cuya existencia, hecha de sueños, dulces languideces, sonrisas y lágrimas, parecía tan distinta de la nuestra y como envuelta en placidísimo misterio: los últimos siglos cristianos habían hecho de la mujer una reina, una diosa, y el sexo fuerte vivía en perpetua adoración á los pies del sexo débil. A la suave poesía del tiempo pasado ha sucedido la prosa del tiempo actual: la diosa ha bajado de su altar, y la reina ha renunciado á su trono; y si al presente es aún amada la mujer, ese amor parece más bien una necesidad fisiológica. El culto á la mujer sólo le ejercen actualmente los poetas, que aun se obstinan en considerarla en mucho más que á su simple igual, y en conservarla religiosamente su aureola. Pero ¡ay!: todo el mundo sabe que los poetas son creadores de quimeras, impenitentes soñadores, casi unos *locos*, y ¿quién será capaz de tomar á lo serio á un loco?

Sin corregirnos de ninguno de los defectos de nuestra propia raza, vamos tomando, sin comprenderlas ni aplicarlas bien, ciertas costumbres más ó menos inglesas. La vida de familia, la buena y confortable vida del *home*, es en Inglaterra, y sobre todo en sus provincias, rico manantial de delicias que apenas nos es dado sospechar, y que deberíamos introducir entre nosotros. Pero de ellas tomamos únicamente lo superficial: rápidamente hemos adoptado los *five ó clock teas*, pero al adoptarlos los hemos exagerado haciéndoles perder la suave intimidad que en Inglaterra los caracteriza, los hemos convertido en reuniones de etiqueta y el servicio se hace por más ó menos diestra gente de alquiler, en vez de encomendarlo como allí á las jóvenes de la casa, lo que les imprime sencillez y modestia y hace que todos se encuentren en agradable confianza. La llamada *flirtation*, especie de galantería un tanto libre, y que en el país de su origen es sumamente correcta, entre nosotros toma tendencias deplorables hasta llegar á la inconveniencia por sus truhanerías y equívocos: ¿á qué se debe esto? quizás á las diferencias de nuestra primera educación, al temperamento de nuestra raza menos fría y más fácilmente excitable. El hecho es que nos vamos aficionando con exageración á la pura materialidad, á lo físico más que á lo intelectual y que, como hace observar Bonneron, corremos el riesgo de aniquilar el espíritu por dedicarnos por demás al cuerpo.

Pero volvamos á nuestra humilde descripción de la magnífica fiesta de los Sres. de Camacho. ¡Qué mágico efecto el de aquellos salones ricamente decorados con excelentes pinturas, retratos de familia, copias y originales de maestros en el arte, porcelanas valiosísimas, primores de mil especies en adornos de mesa, en bronces y en estatuas, todo ello iluminado discretamente con numerosas lamparitas eléctricas y bugías perfumadas, y envuelto en escogidísimas flores donde quiera dispuestas con indecible profusión! ¡Qué elegancia, qué buen gusto, qué acertados arreglos y comodidad en los salones dispuestos para la cena, para los refrescos, para tocador de señoras, para pieza de fumar y de conversación íntima de caballeros! Nadie de cuantos esperaban y sabían que en esa fiesta todo iba á ser espléndido, se equivocó en lo más mínimo, y la realidad superó con mucho á lo imaginado. La señora de la casa ricamente alhajada y con soberbio traje expresamente traído de París para lucirse en esa noche, asistida por las Sras. Dolores Camacho de Landa y Guadalupe Camacho de Icaza, recibían galantemente á todo el México elegante, invitado. Poco después de la hora designada, aquel bien dispuesto paraíso resplandecía de belleza, de elegancia, de suntuosidad; por donde quiera llamaban la atención las preciadas telas de brocado y de raso, de faya y terciopelo, la piel de seda y los encajes, formando en elegantes confecciones movibles ramilletes de toda especie de esos colores ca-

prichosamente bautizados por la moda con los nombres de verde Nilo, solferino, salmón, oro viejo y los demás comunes y comprensibles, blanco, amarillo, negro, rosa, azul, plomo, gris, perla y sus múltiples tonos y combinaciones; en cuanto á las alhajas, cuya clasificación no es menos difícil para nosotros que ni de joyería ni de telas entendemos, deslumbraban sobre los discretos escotes, en los torneados brazos, en los rizados cabellos, muchos de estos empolvados, las *rivières* y los *argrettes* y mil otros *titulos* que ni sé ni conozco, cuajados de brillantes, rubíes, solitarios, perlas, esmeraldas y otras preciosas piedras, que en conjunto representaban sin duda muchos millones. En cuanto á los caballeros, la casi totalidad de los jóvenes obsequió la invitación que suplicaba el frac ó casaca de color, y por consiguiente casi imponía el calzón corto, la media de seda, y el zapato bajo de charol: las personas más serias ó maduras se presentaron en el traje de etiqueta más usado y general, que ciertamente no llegará á verse proscrito para los hombres de cierto carácter y de la debida formalidad. Aquella multitud elegante y gozosa pronto se entregó á las delicias del baile, á los ecos armoniosos de la muy espléndida orquesta formada y dirigida por los notabilísimos músicos y profesores hermanos Vega, y las damas vieron bien pronto llenas las líneas de las preciosas etiquetas que les fueron distribuídas: dichas etiquetas, elegantes y de buen gusto como lo fué todo en esa fiesta, estaban adornadas con finísimos grabados y decían sencillamente "*Baile*.—Noviembre 15 de 1894." Oportunamente, una hora después de la media noche, los invitados empezaron á pasar á los bien dispuestos salones para la cena; uno de ellos improvisado en la extensa y escogida biblioteca del Sr. Camacho, cuya ilustración acreditan el número y la buena elección de sus libros. El *Menu* preparado en la misma casa, fué el siguiente: "*Consommé*.—*Poisson tartare*.—*Bouchees montglas*.—*Filet de bœuf au petits pois*.—*Jambon au gelée*.—*Galantine*.—*Langue*.—*Dinde truffée*.—*Salade russe*.—*Glaces*.—*Café*.—*Desserts*."

La mágica fiesta se prolongó por largas horas, que, no obstante, parecieron breves á la generalidad de los invitados, pues tales y tantos fueron los encantos que allí pudieron disfrutarse, y tan espléndida, amable y grata la feliz manera que de recibir á sus amigos tuvieron la Sra. D^a Elisa Lynch de Camacho y su caballeroso consorte.

Ahora sólo nos queda el insertar aquí la numerosa lista de los invitados á aquel magnífico baile, á fin de que por ella puedan apreciarse los apellidos de las familias que forman una brillantísima porción de la culta sociedad de nuestra Capital. En esta inserción seguimos el orden alfabético, para huir de impertinentes preferencias: Héla aquí: Antonio Ajuria y señora, Manuel Amor y señora, José Algara, Javier

Algara y señora, Ignacio Algara y Terreros, Fernando Algara y Terreros, Angel Algara y Terreros, Antonio Alvarez Rul y señora, José Aburto y familia, José Arce y familia, Guillermo Acho y señora, Guadalupe Arango de Escandón é hijos, Guillermo Barron, Bois d'Aische, Ministro Belga, y señora, Tomás Braniff y señora, Francisco Buch y señora, Felipe Berriozábal, Juan Berriozábal y señora, Joaquín Baranda, José Bermejillo y familia, José Bejarano y señora, Octavio Baz y señora, José Bandera, Miguel y Manuel Buch, Ignacio Bejarano, Buttler y señora, Barroso y familia, Samuel Contreras, E. Cañas, Félix Cuevas, Joaquín Cuevas y Morán, Vicente Calderón é hija, Jesús Castañeda, Manuela Cortazar de Cervantes, Rosario Cervantes, Nicolás Campero y señora, L. Carden y señora, María Corona é hijas, Marqués de Centurioni y señora, Alfredo Chavero y familia, Cornely y señora, Chapeaurouge y señora, Miguel Castellanos Sánchez y señora, Rafael Camargo, Gral. Porfirio Díaz y señora, Díaz Mimiaga, Dutour y señora, Dublán, José Echeverría, Luis y Dolores Elguero, Gonzalo Esteva, Alejandro Escandón, Manuel Escandón y familia, Elízaga, Antonio y Luis Escalante, Francisco Espinosa y señora, Justino Fernández y familia, Manuel Fernández Leal, Eduardo González Gutiérrez, Manuel Guerra y señora, Manuel González Cosío, Isaac Gray y familia, Gargollo, Gloner, Luis Galván, Francisco Gaxiola, F. Hansen, Eduardo Jackson y familia, Alfonso Lancaster Jones y familia, familias Landa, Condesa de Luzárraga, José Ives Limantour y señora, Román Lascuráin, Luis Lavie, Pedro Lozano, Francisco Lizardi, Ignacio Mariscal y familia, Pablo y Nicolás Martínez del Río y sus familias, Salvador Malo y señora, Ramón Macías, Federico Melbert, José Mihalovit, P. Nicoli, José Bearson, Jorge Parada, Joaquín Palomo, R. Pasquel, I. O'Gorman, Vizconde de Petitville y señora, Rosendo Pineda, Poniatowski y señora, José Rubín, Pedro Rincón Gallardo, Rincón y Terreros, Manuel Romero Rubio, Joaquín Redo, A. Riva, Carlos Rivas, G. Raygosa, Ana Rincón Gallardo, Genaro Sanromán, Sánchez de Juárez, F. Suinaga, Rafael Soto, Torres Adalid, Tomás de la Torre, José de Teresa, Torres Rivas, Terreros de Algara, Gertrudis Teruel de Schmidlein, Pedro Valle, Isabel Vinent, José Viadero, Vallete, Velasco, Villar, Varona, Vázquez de Tagle. Estuvieron también invitadas las familias Sierra Méndez, Carrascosa, Landero, Murphy, Arregui, Martín, Chausal, Osio, Ortiz de la Huerta, Grauer, Carmona, Obregón González, Lozano y otras muchas que quizás olvidaron nuestros apuntes relativos á aquel baile de sorprendente magnificencia y no superado esplendor.

Poco queda por decir para dar fin á este capítulo consagrado á fiestas y reuniones particulares: entre ellas deberíamos, si ya el espacio no nos faltase, mencionar con elogio varias agradables veladas de in-

vierno dispuestas para los últimos días del año en el siempre animado mes de Diciembre. Una de las más señaladas fué la que con mucha brillantez organizó la Srta. Laura Mariscal, hija del eminentísimo hombre de Estado, y notable poeta y gran literato D. Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores en diversos Gabinetes mexicanos y en el del Presidente Gral. D. Porfirio Díaz. El Sr. Mariscal que á sus muchos méritos como político y literato reúne el muy excepcional de ser un conversador de lo más ameno y entretenido, se ve en sus raras y deliciosas reuniones secundado en el arte de agradar á sus amigos, por su distinguidísima y hermosa señora, prototipo de elegancia y de majestad, y por unas hijas sumamente bellas y de un trato sobre toda ponderación encantador. Es toda esa familia una positiva joya de la sociedad de la Capital.

En diversas reuniones figuraron en ese tiempo como uno de sus más agradables ornatos dos notabilísimos artistas compositor y pianista el uno, y pintor el otro. El primero, citado en las líneas que preceden, lo fué el pianista D. Gonzalo Núñez, nacido en Puerto Rico, y muy conocido y estimado en todos los Estados Unidos y principalmente en Nueva York, donde figuró en primer lugar como profesor del Conservatorio de Scharwenka, y fué buscado por las principales familias en su calidad de tal profesor. Núñez es un verdadero artista que ejecuta con soberana brillantez y posee una cualidad bastante rara en ejecutantes de su fuerza, la de imprimir extraordinario sentimiento y expresión á cuanto toca. Domina de un modo absoluto á su auditorio y alcanza siempre frenéticos aplausos, tan merecidos como entusiastas. Con notable maestría interpreta á los difíciles y complicados Chopin y Liszt, y le son en extremo familiares todos los maestros modernos. Como compositor es agradable y simpático en sus piezas ligeras, y un verdadero maestro en su arte en las de mayor aliento y estudio. Volveré á hablar de ese artista al reseñar algunos de sus conciertos públicos.

El segundo artista aludido, el pintor, llámase Arturo Incháurregui, de quien el insigne Juan de Dios Peza ha dicho con razón: "este joven pintor ha merecido aplausos en toda la República por su manera especial y franca de sorprender los más bellos encantos de la naturaleza, retratándolos con experto pincel que avasalla los misterios del color y de la forma." Nacido en Puebla en 1867, allí hizo sus primeros estudios en el arte y pronto pudo ser profesor en los mismos colegios é institutos en que fué alumno, y adquirió en concursos y exposiciones los primeros premios. Independiente y abierto de carácter, previsor y práctico por naturaleza, comprendió que el ejercicio del arte en toda su elevación es un ejercicio improductivo en México, donde nadie sabe pagar los grandes lienzos, y la mayoría se satisface con más ó menos aceptables cromos, y, cometiendo sin du-

da un crimen ante su innegable talento, hizo á un lado la gran pintura histórica y de género, y se dedicó á explotar su facilidad asombrosa para producir paisajes y marinas, flores y pájaros, y miniaturas verdaderamente admirables. Cuando hubo dominado esos ramos del arte se consagró por completo á su enseñanza, y con especialidad el bello sexo le buscó para recibir sus lecciones de pintura sobre toda clase de telas: Incháurregui da sus lecciones por medio de veintidós sistemas, algunos de ellos de su propia invención. Con el mejor éxito y con incesante aplauso ha recorrido y sigue recorriendo toda la República, permaneciendo por lo regular muy breves temporadas en cada ciudad. De su paso por la Capital dijo Juan de Dios Peza en uno de los más populares periódicos: "En nuestra ciudad, Incháurregui ha tenido una brillante acogida; ha pintado delante de entendidas personas que lo han aplaudido con entusiasmo. Es prodigioso cuando en un pedazo de terciopelo rojo ó azul marino traza en menos de cinco minutos un ramo de flores, con sólo una delgada espátula: cualquiera que mira esto no se imagina el resultado, y cuando ve al artista untando por aquí y por allá el verde, el amarillo, el blanco, el rojo, el azul, se dice para sus adentros, esto va á ser una torta de colores sin forma y sin asunto; pero hé ahí que resulta un bellissimo ramo que encanta la vista y que imita los más delicados bordados de singular primor. En ese género hay que pintar lo que se ve y no lo que existe, el conjunto y no el detalle, la belleza de la perspectiva y no la descarnada realidad de lo material y matemático. Saludemos al joven pintor que está en la más risueña edad de la vida y que es un poeta que traza sus inspiraciones con estrofas de color y argumentos de líneas, y cautiva los ojos con los destellos de su brillantísima inspiración." Sus composiciones y cuadros originales, sus sorprendentes miniaturas, sus bellísimas iluminaciones de retratos, son adquiridos y disputados por toda persona entendida y de buen gusto, y han valido á Incháurregui entusiastas elogios en prosa y verso que llenan no sólo uno sino varios *albums* en que figuran las firmas de los más eminentes escritores y personas notables de toda la República.